

MUERTE

(PENSAMIENTO DE LA)

I.

*Omnes morimur, et quasi aquæ dilabimur
in terram.*

Todos nos vamos muriendo, y deslizando
como el agua derramada por tierra.

(II REG. XIV, 14).

El tiempo vuela, y consigo nos arrebatada. De vez en cuando volvemos la vista por ver si nos siguen nuestros compañeros de viaje; y vemos que ora el uno, ora el otro van desapareciendo. Los movimientos que excita en nosotros esta desaparición, particularmente cuando es repentina, son movimientos de un día, como si la misma muerte no fuera negocio más que de un día. Hacemos muchas reflexiones sobre la inconstancia de las cosas humanas; pero, luego que desaparece el objeto que nos asustaba y que se tranquiliza el corazón, vuelve á quedarse como ántes. Nuestros proyectos, nuestros cuidados, nuestro apego á la tierra es tan vivo, como si trabajáramos para unos años eternos; y al salir de un espectáculo lúgubre, en el que acabamos de ver el nacimiento, la juventud, los títulos y la fama arruinarse repentinamente, y ocultarse para siempre en el sepulcro, nos volvemos al mundo más preocupados, y con más ánsia que ántes de gozar de sus vanos objetos, cuyo polvo y cuya nada acabamos de ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos.

Hoy, pues, quiero averiguar las razones de un desorden tan deplorable. ¿Quereis saber de qué proviene que los hombres piensen tan poco en la muerte, y que dure tan poco la impresión que en ellos hace este pensamiento? Pues oid: la incertidumbre de la muerte nos entretiene y aparta de nuestra alma su memoria; la certeza de la muerte nos asusta y nos obliga á apartar la vista de esta triste imagen: lo incierto de su hora nos hace vivir con descuido y confianza; el ser cierta é indefectible nos hace temer este pensamiento: hoy, pues, intento impugnar la peligrosa seguridad de los unos y el injusto temor de los otros; la hora de la muerte es incierta, y así es teme-

ridad en vosotros no pensar en ella y dejaros sorprender; la muerte es cierta, y así es locura temer su memoria, pues nunca debeis perderla de vista: pensad en la muerte, porque no sabeis á qué hora ha de llegar: pensad en la muerte, porque necesariamente ha de venir: este es el asunto de este discurso. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El primer paso que dá el hombre hácia la vida es también el primero que dá hácia el sepulcro. Luego que abre los ojos á la luz, se pronuncia contra él la sentencia de muerte; y como si en él fuera delito el vivir, basta que viva para que merezca morir. No fué este nuestro primer destino; el autor de nuestro ser animó en el principio nuestro barro con un soplo de inmortalidad, puso en nosotros un principio de vida, que no podía debilitar ni apagar la revolución de los tiempos ni de las edades; dispuso su obra con tal orden, que hubiera podido desafiar á la duración de los siglos, y su armonía nunca hubiera podido disolverse ni alterarse con ninguna cosa extraña; solamente el pecado secó esta divina raíz, trastornó este feliz orden, armó todas las criaturas contra el hombre, y Adán se hizo mortal luego que fué pecador. *Por el pecado*, dice el Apóstol, *entró la muerte en el mundo* (ROM. V). Todos la llevamos dentro de nuestro pecho al tiempo de nacer; parece que en las entrañas de nuestras madres hemos mamado un lento veneno con que venimos al mundo, el cual nos va consumiendo á unos más presto que á otros, y siempre viene á parar en darnos la muerte. Todos los días nos estamos muriendo, cada instante nos va quitando una porción de nuestra vida y acercándonos un paso más al sepulcro. En este estado, pues, ¿qué imagen debiera serle al hombre más familiar que la de la muerte? Un reo condenado á morir, ¿qué puede hallar á cualquiera parte que vuelva la vista sinó este triste objeto? y lo poco más ó menos que hemos de vivir, ¿puede ser motivo suficiente para que nos miremos como inmortales en la tierra?

Es verdad que no es igual la medida de nuestros destinos: unos ven crecer en paz hasta la edad más avanzada el número de sus años, y como si fueran herederos de las bendiciones de los antiguos tiempos, mueren llenos de días en medio de una numerosa posteridad; otros, detenidos en medio de la carrera, ven como el rey Ezequías abrirseles la puerta del sepulcro en una edad aún floreciente, *y buscan aunque en vano, como él, el resto de sus años* (PSALM. XXXVIII, 20). Finalmente, hay algunos que no hacen más que manifestarse á la tierra, y acaban su carrera en un día; son semejantes á las flores

de los campos, y casi no hay medio entre el instante que los ve nacer, y el en que se secan y desaparecen; el fatal momento señalado á cada uno de nosotros es un secreto que está escrito en el libro eterno, que solamente puede abrir el Cordero; todos vivimos sin saber lo que han de durar nuestros días; y esta incertidumbre, que por sí sola debiera bastar para hacernos pensar en aquel último instante, nos sirve de motivo para descuidar; no pensamos en la muerte, porque no sabemos en cuál de las diferentes edades de nuestra vida la hemos de colocar; ni aún miramos á la vejez como término seguro é inevitable de la vida: la duda de si llegaremos á ella, que parece debiera servirnos de limitar nuestras esperanzas, hace que las extendamos aún más allá de esta edad.

Entre todas las disposiciones esa es la más temeraria é imprudente, y pongo á vosotros mismos por jueces de esta causa. ¿Es acaso ménos digna de atención una desgracia que puede suceder todos los días, que la que solo os amenaza para despues de algunos años? ¿Acaso porque en cada instante se os puede pedir vuestra alma, la habeis de poseer en paz, como si nunca debiérais perderla? Por tener siempre presente el peligro, ¿os ha de ser ménos necesaria la atención? ¿En qué otro negocio, fuera del de la salvación, os sirve la incertidumbre de motivo para vivir seguros y descuidados?

Si esta hora estuviera señalada á cada uno de nosotros, si al tiempo de nacer sacáramos escrito en nuestra frente el número de nuestros años, y el fatal día en que se han de acabar; este momento cierto y fijo, por más distante que estuviera, nos ocuparía, nos turbaría y no nos dejaría un instante de sosiego; siempre nos parecería muy corto el tiempo que aún nos faltaba; esta imágen que aún contra nuestra voluntad tendríamos siempre presente, nos disgustaría de todo, nos haría insípidos los placeres, indiferente la fortuna, y todo el mundo molesto y enfadoso: nuestra vida, determinada de este modo á un cierto número de días fijos y conocidos, no sería más que una preparacion para aquella última hora. ¿Dónde está nuestra prudencia? La muerte vista de léjos en un punto fijo y determinado nos asustaría, nos desprendería del mundo y de nosotros mismos, nos llamaría á Dios, y nos tendría continuamente ocupados en su memoria; y esta misma muerte, siendo incierta, pudiendo venir todos los días y en cada instante; esta muerte que nos ha de sorprender, que ha de venir cuando ménos pensemos; esta muerte, que acaso está ya á la puerta, no ocupa nuestra memoria, y nos deja tranquilos. Pero ¿qué digo? Deja en nosotros todas nuestras pasiones, todas nuestras inclinaciones pecaminosas, toda nuestra ánsia por el mundo, por los

deleites y por la fortuna. Y porque no sabemos con certeza si hemos de morir hoy, vivimos como si nuestros años hubieran de ser eternos.

Reparad, hermanos míos, en que esta incertidumbre va acompañada de las circunstancias más propias para asustar, ó á lo ménos para tener ocupado á un hombre prudente, y que sabe usar de su razón. Primeramente, lo repentino que debeis temer de aquel último día, no es un accidente tan raro y único, que suceda solamente á algunos pocos desgraciados, y que sea más prudencia despreciarle que precaverle. Contemplaos en el estado que quisiereis, no hay momento que no pueda ser para vosotros el último. Herodes fué herido de muerte en medio de los locos aplausos de su pueblo. Jezabel fué precipitada en el mismo día que habia escogido para dejarse ver con más fausto y ostentacion en las ventanas de su palacio. Baltasar espira en un suntuoso banquete. Holofernes en medio de su ejército, vencedor de reinos y provincias, muere á los filos de la espada de una simple mujer israelita. Zambri halla una muerte infame en las mismas tiendas de las hijas de Madian.

En segundo lugar; si esta incertidumbre se redujera solamente á la hora, al lugar, ó á algun género de muerte que os amenaza, no sería tan terrible. Porque, por último, ¿qué le importa al cristiano, como dice S. Agustin, el morir entre sus parientes, ó en regiones extrañas, en la cama de su dolor, ó en el seno de la mar? Lo que le importa es morir en la piedad y en la justicia. Os hallais entre estas dos eternidades, y no sabeis la que os ha de tocar: solamente la muerte os descubrirá este secreto; y ¿es posible que vivais tranquilos en esta incertidumbre, y que la habeis de esperar con indiferencia, como si no hubiera de decidir en cosa alguna que os perteneciese?

¿Con qué podreis, pues, justificar ese profundo é incomprensible olvido en que vivis acerca de vuestro último día? ¿Con la juventud, que parece prometeros una larga sucesion de años? Jóven era el hijo de la viuda de Naim, pero la muerte no respeta edades ni puestos. ¿Acaso con la robustez de la complexion? Pero ¿qué os parece que es la salud más robusta? Una pavesa, que se apaga con un soplo: un día de enfermedad basta para destruir el cuerpo más robusto del mundo.

Hermanos míos, no os pido más sinó que deis lugar á vuestra razón para reflexionar. ¿Cuáles son las consecuencias naturales que la prudencia, por sí sola, debe sacar de la incertidumbre de la muerte? Primeramente: la hora de la muerte es incierta; cada año, cada día, cada instante puede ser el último de nuestra vida: luego es locura

tener apago á lo que ha de pasar en un instante, y perder de este modo el único bien que nunca se ha de acabar. En segundo lugar; es incierta la hora de vuestra muerte: luego debeis morir cada dia, no ejecutar accion alguna en que quisierais ser sorprendidos. Finalmente: es incierta la hora de vuestra muerte. No dilateis, pues, vuestra penitencia, ni tardeis en convertirnos al Señor, porque el tiempo urge: si no podeis tener seguridad ni de un dia, ¿por qué habeis de dilatar vuestra penitencia para un tiempo futuro é incierto? Estas son las más naturales y prudentes reflexiones á que nos debe conducir la incertidumbre de nuestra última hora; pero, si por ser incierta la hora es imprudencia en vosotros el no pensar en ella más que si nunca hubiera de llegar, lo terrible y espantoso de su seguridad excusa aún mucho menos la locura de apartar de vosotros esta triste imágen, como capaz de alterar el reposo y tranquilidad de esta vida: esto es lo que me falta explicar.

2. El hombre no gusta de pensar en su nada y miseria: todo lo que le recuerda su fin, ofende su soberbia, agravia su amor propio, se opone directamente á sus pasiones, y le ocasiona unos pensamientos tristes y funestos. Morir, privarse de todo lo que nos rodea, sepultarse en los abismos de la eternidad, convertirse en cadáver, en pasto de gusanos, ser horror de los hombres y asqueroso depósito del sepulcro, solo este espectáculo basta para inquietar los sentidos, turbar el entendimiento, oscurecer la razon y emponzoñar toda la suavidad de la vida. No hay hombre que se atreva á fijar la vista en una imágen tan funesta: apartamos de nosotros este pensamiento como el más terrible y más amargo de todos. Tememos y huimos de todo lo que nos recuerda su memoria, como si nos hubiera de anticipar esta última hora. Estos excesivos temores eran dignos de perdon en los paganos, para quienes la muerte era el mayor de los males, pues nada esperaban para despues del sepulcro; y como vivian sin esperanza, morian sin consuelo; pero es de admirar que la muerte sea tan terrible para los cristianos, y que el miedo de esta imágen les sirva de pretexto para apartarla de su memoria.

Porque, en primer lugar; quiero concederos que tengais razon para temer esta última hora; pero, siendo, como es, cierta, no comprendo cómo porque os parezca terrible, no hayais de pensar en ella y esperarla. Al contrario, me parece que cuanto más terrible es el mal de que estais amenazados, más cuidado debeis tener en no perderle de vista, y tomar continuas medidas para que no os coja descuidados. ¿Es posible que porque el peligro os asusta y amedrenta, habeis de estar descuidados y seguros?

Si con apartar de vosotros este pensamiento pudierais libraros de la muerte, vuestros temores tendrian alguna excusa. Pero penseis ó no penseis en ella, la muerte cada dia va llegando; cada esfuerzo que haceis para apartar de vosotros su memoria os la acerca, y no dejará de venir á la hora señalada. Pues ¿qué adelantais con apartarla del pensamiento? No minorais el peligro, sinó que le aumentais; y el golpe es inevitable. ¿Suavizais acaso el horror de este espectáculo con apartarle de vuestra memoria? ¡Ah! todavía queda en su fuerza todo su terror: si os hicierais más familiar esta memoria, vuestro espíritu flaco y tímido se acostumbraria á ella insensiblemente; poco á poco iriais fijando en ella vuestra vista, y la mirariais sin miedo, ó, á lo menos, con resignacion; cuando estuvierais para morir no seria nuevo para vosotros este espectáculo. Pero decís, que si pensarais con seriedad en la muerte perderiais el juicio: ¿le han perdido acaso tantas almas fieles que acompañan con esta memoria todas sus acciones, y que se valen de ella como de freno para reprimir sus pasiones, y como del más poderoso motivo de su fidelidad? ¿Le han perdido tantos ilustres penitentes que se encierran vivos en los sepulcros, para no perder de vista la imágen de la muerte? ¿Le perdieron los Santos que morian todos los dias, como el Apóstol, para no morir eternamente? Perderiais el juicio, es verdad, perderiais aquel juicio falso, mundano, soberbio, carnal é insensato que os engaña; aquel juicio corrompido que oscurece la fe, que autoriza las pasiones, que hace que prefirmos el tiempo de la eternidad.

Registrad la raiz de esos excesivos temores que tan terrible os hacen la imágen y memoria de la muerte, y hallareis, que está sin duda en los embarazos de una conciencia delincuente; no es la muerte á quien temeis, sino á la justicia de Dios, que despues de ella os espera para castigar las infidelidades y desórdenes de vuestra vida; temeis el presentaros delante de Dios, cubiertos de las más asquerosas llagas con que teneis desfigurada su imágen; temeis el que si murierais en el estado en que os hallais, perecierais para toda la eternidad. Purificad, pues, vuestra conciencia, expiad vuestras culpables pasiones, entónces vereis llegar vuestra última hora con ménos temor y espanto; y el sacrificio que ya habeis hecho á Dios del mundo y de vuestras pasiones, no solamente os facilitará el que le hareis entónces de vuestra vida, sino que os será suave y os servirá de consuelo. Porque decidme, ¿qué terror puede haber en la muerte para una alma fiel? Esta vida es para ella un valle de lágrimas, en donde son infinitos los peligros, continuos los combates, raras las victorias, é inevitables las caidas. ¿Qué hallais en el mundo que merezca ser amado, ni que

pueda servir de atractivo á una alma cristiana? ¿No es para ella triunfo y ganancia la muerte?

Por eso la muerte es la única consideracion y el único consuelo que mantiene la fidelidad de los justos. Si gimen en la afliccion, saben que está cercano su fin; que á las tribulaciones cortas y pasajeras de esta vida se ha de seguir una vida eterna, y en este pensamiento hallan una fuente inagotable de paciencia, de constancia y de alegría. Si ven que la ley de los miembros se levanta contra la ley del espíritu, saben que despues de la disolucion del cuerpo terrestre se les restituirá el celeste y espiritual, y que libres entónces de todas estas miserias, serán semejantes á los ángeles del cielo; y esta memoria los mantiene y conforta. Si su fe debilitada se halla á pique de rendirse al peso de las austeras obligaciones del Evangelio, se consuelan con que no está léjos el dia del Señor, y que están ya tocando con la mano la feliz recompensa; y el ver ya de cerca el fin de su carrera les anima y les hace tomar aliento. Nada hay en la muerte que no sea suave y apacible para una alma justa; cuando llega á este feliz momento, mira sin pena perecer al mundo, el que nunca la habia parecido más que un humo, á quien jamás habia amado. Sus ojos se cierran con gusto á todos los vanos espectáculos que le ofrece la tierra, los que siempre habia mirado como una decoracion instantánea, y cuyas peligrosas ilusiones habia siempre temido; ve sin inquietud, ¿qué digo inquietud? ve con gusto revestirse de la inmortalidad este cuerpo mortal, que habia sido la materia de todas sus tentaciones y la funesta raiz de todas sus flaquezas; nada echa menos de las cosas de la tierra, en la que nada deja, y de que huye así su corazon como su alma; ve que todo se desvanece sinó lo que ha hecho por Dios; que todo la abandona, sus riquezas, sus parientes, sus amigos, todo, ménos sus obras, y llena de alegría por no haber puesto su confianza en los hijos de los hombres, en las vanas esperanzas de la fortuna, en nada de lo que ha de perecer, sinó solamente en el Señor que permanece eternamente, y en cuyo seno va á hallar la paz y la felicidad que no dan las criaturas.

De este modo, hallándose tranquila en orden á lo pasado, despreciando lo presente, contenta por estar ya tocando aquella eternidad que era el único objeto de sus deseos, viendo ya abierto el seno de Abraham para recibirla, y al Hijo del hombre sentado á la diestra del Padre, teniendo en sus manos la corona de inmortalidad, duerme en el Señor, es llevada por los bienaventurados espíritus á la morada de los Santos, y vuelve al lugar de donde habia salido. ¡Ojalá acabeis así vuestra carrera! como os lo deseo.

MUERTE

(PREPARACION PARA LA)

II.

Dispone domui tuæ, quia morieris tu, et non vives.

Dispon de las cosas de tu casa; porque vas á morir, y estás al fin de tu vida.

(ISAÍ. XXXVIII, 1).

No hay cosa más lamentable que el estado de un hombre, á quien se le intima que dispoga de sus cosas porque está al fin de su vida, y que todavía no ha tomado sus medidas para un paso cuyas consecuencias son eternas. Para enseñaros á prevenir un riesgo tan espantoso, vengo hoy á hablaros sobre la preparacion para la muerte.

San Juan Crisóstomo, dando reglas de como se ha de vivir, y queriendo con estas reglas de vida disponer un alma cristiana para la muerte, pone esta preparacion especialmente en tres cosas, conviene á saber, en la persuacion de la muerte, en la vigilancia contra la muerte, y en la ciencia práctica de la muerte. Estas tres disposiciones están concatenadas entre sí necesariamente. Para disponerse á morir, dice este santo doctor, es necesario estar bien persuadidos de la muerte: es necesario velar continuamente contra los rebatos de la muerte: es necesario hacer de la misma vida, sea con la consideracion, sea con la práctica, un ejercicio continuo y un como noviciado de la muerte. No obstante, nosotros, temiendo la muerte como la tememos, vivimos en un descuido perpétuo y en un olvido profundo de ella. Tememos morir, y por cierta que sea, y aún por cercana que esté la muerte, casi nunca estamos persuadidos á que hemos de morir. Tememos morir, y por incierta y engañosa que sea por otro lado la muerte, vivimos con tan poca cautela, como si estuviéramos totalmente ciertos del tiempo y del estado en que hemos de morir. Al fin tememos morir, y á pesar de la experiencia cotidiana y tan sensible que tenemos de la muerte, jamás aprendemos á morir en la práctica de nuestra vida. Ved ahí lo que me propongo demostraros. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Por la persuacion debe empezar este grande y santo ejercicio de la muerte; porque es imposible que yo me dispoga sériamente para una cosa de la cual aún no estoy persuadido. Es verdad que todos estamos persuadidos de que hay un decreto de muerte dado contra el hombre pecador en el tribunal supremo de la justicia de Dios, y de que es un decreto irrevocable y sin apelacion: *Statutum est hominibus semel mori* (HEBR. IX, 27). Mas, no sé por qué encanto del amor propio nos olvidamos de que este decreto se ha de ejecutar en nuestras personas. Convenimos fácilmente en que nos hemos de morir algun dia, y en que esta es una ley rigurosa, por la cual al fin es necesario pasar; pero, nos consolamos con el pensamiento de que no ha de ser tan presto, que tenemos tiempo aún, de que no ha llegado nuestra hora, que no hemos de morir de esta enfermedad; y esta persuacion nos impide el entrar en las disposiciones próximas y necesarias con que convendria prevenirnos para la muerte. Porque observad conmigo, que lo que nos dispone á una buena muerte, no es saber especulativamente que es preciso morir, sino estar interiormente movido y penetrado de este sentimiento interior: yo he de morir, y mi hora se acerca: yo he de morir, y ha de ser en la edad y del modo que habré pensado ménos.

¿Qué hace, pues, el enemigo de nuestro bien? Nos deja todos los demás pensamientos de la muerte que sabe no nos han de servir de nada, y nos quita el que solamente tuviera eficacia para convertirnos. Quiero decir, no nos persuade á que no hemos de morir jamás; fuera eso un error muy grosero, ni tiene necesidad de él para hacer que nos perdamos; pero, nos persuade que no nos hemos de morir hoy, ni mañana, ni en ningun tiempo de aquellos en que la caridad, que nos debemos á nosotros mismos, nos instaria para volvernos á Dios. Con esta confianza infeliz vivimos con sosiego, y siempre con las mismas disposiciones, siempre con el mismo desórden de una vida mundana, siempre en el mismo estado de una desenfrenada conciencia. Parece tambien que en esto vamos á una con nuestro enemigo; porque estamos tan léjos de estar persuadidos de la muerte, que no lo queremos estar, ántes lo tememos, y nos apartamos de todo lo que nos pudiera servir para estarlo. Esta es la causa de que la mayor parte de los hombres mueren sin créer que se mueren. Esta es la causa de que no haya quien no concurra á engañarlos en las circunstancias en que importára abrirles los ojos. Se les asegura que todo va bien, cuando es evidente que todo va mal: se les exagera la fuerza y virtud de los remedios, sin hablarles jamás del remedio soberano que es la penitencia: de suerte, que siempre ignoran la verdad, y aún

cuando están muriendo, se tienen por seguros de que no han de morir.

Pues ¿cuál es el remedio? Oidle, sacado de la doctrina y máximas de S. Gregorio Magno, que entre todos los padres de la Iglesia me parece el que habló más claramente del asunto que trato. La primera máxima es, mantener habitualmente en nosotros una persuacion general de la muerte, que corrija todos nuestros engaños particulares, esto es, contraponer continuamente una viva idea de la muerte á todas nuestras presuntuosas seguridades en órden á ella: traer con frecuencia á nuestra memoria este saludable pensamiento: yo he de morir, y he de morir en uno de aquellos instantes en que ménos haya creído que me ha de suceder.

La segunda máxima es, tener un amigo sincero y fiel, que sin disimular con nosotros, sin dar oídos á los sentimientos de una amistad achacosa ó interesada, nos venga á visitar en el peligro, y nos diga con el mismo celo y fuerza que el profeta: Disponed vuestra conciencia cuanto ántes, porque la muerte no está léjos: *Dispone domui tue morieris enim tu* (ISAI. XXXVIII, 4). Instarle á que no dilate el declararse, ni tema que nos ha de entristecer.

La tercera máxima es, estar firmes contra el temor de la muerte; porque el temor demasiado de ella es el que nos hace su pensamiento tan odioso y su persuacion tan difícil. Se gusta de imaginar muy distante lo que se teme, y aún se intenta horrorarlo absolutamente de la memoria, como si nunca hubiera de suceder. Pues ¿qué medio para hacer guerra á este miedo? Las armas de la fé, los motivos de la esperanza cristiana, los fervores santos de la caridad divina. Para esto, decirse muchas veces á sí mismo en lo secreto del corazón: alma mia, mira que tu Redentor viene, no para tu perdicion, sinó para sacarte de las miserias de esta vida mortal y hacer que entres en la posesion de su reino. Esta consideracion llena á las almas justas de consuelo, las asegura, las conforta y las anima. Con esta disposicion se regocijan al ver la muerte de cerca; y cuanto más de cerca la ven, tanto más se previenen para recibirla, tanto más aumentan sus cuidados, su actividad y su fervor. Porque esta persuacion ¿en qué nos empeña? En una vigilancia santa contra la muerte.

2. ¿Quién lo creyera, hermanos míos? ¿Quién creyera que se podia hallar un preservativo contra la muerte? ¿Que se podia tener seguridad de ella á pesar de su incertidumbre, hacer de algun modo que mudase sus propiedades, y convertirla de engañosa en fiel, ó, á lo ménos, quitarla el poder de hacernos traicion? Pues oid el importante secreto que tuvo cuidado el Salvador del mundo de enseñarnos:

este secreto se encierra en esta sola palabra: *velad: Vigilate: MATTH. XXV, 13*). Palabra á la cual parece que el Hijo de Dios vinculó infinitas bendiciones: palabra con que concluyó casi universalmente todas las enseñanzas divinas que nos dió: y palabra tambien, cuya práctica es como la suma y compendio de toda la cristiana sabiduría. Porque ¿cuál es el fin de la sabiduría del Evangelio? El punto grande de la salvacion. Y este punto esencial y único ¿de qué depende? De la muerte. ¿Y qué medio más infalible, ni más necesario para prevenirmos contra la muerte y estar seguros de sus rebatos, que la vigilancia? A la verdad, por más que yo haga, las circunstancias particulares de la muerte siempre me han de ser inciertas; pero, aunque la muerte es y ha de ser siempre incierta en sus circunstancias, puedo disponerme de suerte que nunca me coja desprevenido. A pesar de todas mis reflexiones y de todas las averiguaciones de que pudiera valerme para conocer lo porvenir, siempre he de ignorar el tiempo, el lugar y el género de mi muerte: pero, sin saber el tiempo de mi muerte puedo en todos los tiempos vivir con tanto cuidado, que no haya jamás hora en que la muerte no me halle en vela: sin saber el lugar de mi muerte, puedo en todos los lugares aguardarla de tal suerte, que no haya lugar en que no esté seguro de sus lazos: sin saber el género de mi muerte, esto es, sin saber si será una muerte espaciosa, ó una muerte repentina, una muerte apacible, ó una muerte acompañada de violentos dolores, una muerte que deje mi alma en todo su acuerdo, ó una muerte que me turbe la razon, puedo tomar medidas tan acertadas, que al fin nunca sea muerte desprevenida.

Esta incertidumbre de la muerte es muy útil por los efectos que produce: porque por este medio nos contiene Dios en nuestro deber, y nos obliga á velar continuamente sobre nuestras acciones, á medir todos nuestros pasos, á pesar todas nuestras palabras, á purificar todos nuestros pensamientos, y arreglar todos los deseos de nuestro corazon. Si supiera cuando he de morir, dónde he de morir, y cómo he de morir, por ventura viviera con más descuido y ménos sujecion; pero, la incertidumbre del tiempo y lugar en que he de morir y del modo con que he de morir, me reduce á la feliz necesidad de estudiar con diligencia todas mis obligaciones, y de aplicarme exacta y constantemente á cumplirlas. Estar un instante sin esta disposicion y sin esta vigilancia cristiana, es obrar contra todos los principios y contra todas las luces de la razon; porque es aventurar la eternidad á un solo instante.

Pero ¿cuál ha de ser la práctica de esta vigilancia tan precisa? La

reduco á tres puntos, que comprenden toda la doctrina del Evangelio. Lo primero, mantenerse siempre en el estado en que se quisiera morir; por lo ménos no permanecer en el estado en que el morir causará horror; porque puede venir la muerte en cualquier estado y en cada instante. Lo segundo, se han de hacer todas las obras poniendo la vista en la muerte; quiero decir, se ha de obrar en todo como se quisiera haber hecho en la muerte. Lo tercero, es necesario entrar muchas veces dentro de sí mismo, y examinarse para conocerse bien. ¿Y qué es lo que entiendo por conocerse bien? Conocer todas sus obligaciones, todo lo bueno que puede ejercitarse, y no se ejercita; todo lo malo de que se puede huir, y no se huye; lo que se debe cautelar en el estado en que cada uno se halla, los impedimentos ó auxilios que se hallan en él para la salvacion; con qué progresos va adelante, ó á qué errores está expuesto en este punto. Tener para este exámen tan importante y sólido sus tiempos señalados en el año, en el mes y en la semana. Meditar sobre esto, deliberar y tomar sus resoluciones, llorar lo pasado, asegurar lo porvenir, y encenderse con un fervor cada dia nuevo. De este modo nuestro temor se convierte en nuestro más firme apoyo, porque sirve para despertar nuestra vigilancia. Tal era el temor de los Santos y el fruto que sacaban de él. No solo pensaban en su muerte todos los dias de su vida; no solo velaban para disponerse para la muerte, mas tambien aprendian la ciencia de la muerte. ¿Cómo? Haciendo como un noviciado y ejercicio de la muerte de la misma vida.

3. Hay su noviciado para la muerte, y en él se ensayaron los Santos: todo el cuidado de su vida fué estudiar en la muerte; y como es natural hacer con perfeccion lo que se sabe y en lo que se ha ejercitado uno con larga costumbre, murieron como santos, porque poseian con excelencia la ciencia de la muerte. Pues en nuestra mano está el imitarlos. Porque ved aquí tres verdades que nos pertenecen no ménos que á ellos, y todos nos las debemos aplicar. La primera: *Cada dia morimos*, segun la sentencia del Espíritu Santo; luego nos es fácil aprender á morir. La segunda: todas las criaturas que nos cercan, nos enseñan á morir; luego si no sabemos morir, no tiene excusa nuestra ignorancia. La tercera: la vida cristiana á que Dios nos ha llamado, es un continuo ejercicio de la muerte; luego somos muy culpables, si no estamos muy hechos y experimentados en el arte de morir. Las consecuencias son evidentes, y paso á hacer que convengais en los principios.

Es cierto, en algun sentido, que hemos de morir más de una vez. Cada hora morimos, y cada hora podemos morir voluntaria y libre-